



Rosa Escobar Herrera



BIOGRAFÍA

Rosa, hija de Benito y Águeda, vio la luz por primera vez el día 19 de un frío mes octubre en Beas de Segura. Su infancia fue dura porque, siendo ella la menor de dos hermanas, se truncó la vida de su familia al morir bastante joven el cabeza de familia, su padre, Benito, lo que hizo que desde pequeña tuviera que acostumbrarse a la ingratitud de la vida. Junto con su madre y su hermana Paca afrontaron unos años difíciles, con muchos sacrificios. Águeda, su madre, tuvo que comenzar a trabajar fuera de casa, desarrollando labores de cocinera en la Escuela Hogar, trabajo que desempeñó hasta la hora de su jubilación. Hoy Águeda, buena mujer, buena madre y buena persona, no nos acompaña aquí, pero seguro que desde cualquier estrella estará iluminando en esta noche a su hija para que nos deleite con un sentido y emocionante pregón.

La infancia de Rosa se desarrolló fundamentalmente en la Calzada de San Francisco, donde tenía su domicilio familiar; asistió a clase en el Colegio Nacional Mixto Miguel Primo de Rivera y en él obtuvo el graduado escolar.

Rosa, junto con amigas inseparables de Beas, se ha dado mucho a los demás, ha sido promotora de mantener y encumbrar nuestra tradiciones, prueba de ello es la fundación del Grupo de bailes populares "Natao" y el grupo de teatro "La revolvera"; desde muy pequeña ha pertenecido a la cofradía de Nuestro Padre Jesús Preso, siendo su presidenta entre 1993 y 1997, instaurándose durante su mandato el ya tradicional Prendimiento de Jesús el Lunes Santo, acto en el que juegan un importante papel de coprotagonista el grupo Parroquial de los Romanos.

En 1998, Rosa contrajo matrimonio con Pedro, otro buen hombre que, aunque no ha nacido en Beas, se ha adoptado como otro hijo más del pueblo y aunque podríamos pensar que se llevó a Rosa de Beas, más bien debemos creer que ha sido Rosa la que ha traído otro hijo más a Beas, y fruto de ese sagrado matrimonio es Águeda, su hija, una sanmarquera como antes fueron sus abuelos y ahora son sus padres.

Rosa, poniendo todo el empeño y amor que ha sido capaz, ha cosido más de un aparejo para las reses de San Marcos, realizando con sus finas y primorosas manos los más bellos vestidos que cualquier res puede lucir. Además, siempre le ha gustado disfrutar de San Marcos desde portales y barreras, gastando bromas y propiciando sustos con un sentido del humor que nada tiene que envidiar al que antaño usara su padre, que metía a su toro en todos los portales que encontraba a su paso y, aunque por su condición de manso no supusiera ningún peligro, no dejaba de provocar sustos, ataques de nervios y el regocijo general del personal, hasta el punto de que "Benito y su toro" se convirtieron en todo un referente sanmarquero.

PREGÓN

Buenas noches, paisanos.

Seba, gracias por acompañarme esta noche.

Pedro, como Presidente de la Hermandad me invitaste a hacer este pregón. ¡Menudo susto me diste! Pero aquí estoy, en “la plaza”, armada de valor y bien orgullosa de ser la pregonera de San Marcos 2019.

Y a ti, Dioni, gracias por tus palabras. ¿Quién lo iba a decir? Cuando hace un año por estas fechas fui con mi madre a tu consulta, te di la enhorabuena por ser pregonero de San Marcos y te pregunté cómo lo llevabas. Ahora eres tú quien me pasa el testigo. Gracias Dioni.

Gracias también a mi marido por su apoyo, y a mi hija. No sé si mandarle un beso o darle un tironcillo de orejas, pues es la culpable de que yo esté aquí. ¡Lo que somos capaces de hacer por los hijos!

Me vais a permitir que dedique estas palabras a una gran sanmarquera que hoy debería estar aquí, pero no ha podido ser. A veces me preguntaba de dónde me viene a mí este gusanillo que recorre mi cuerpo cuando se acerca esta fecha

¿Por ser de Beas? Sí

¿Por genes de familia sanmarquera? Muchos.

Pero sobre todo por vivir el día a día con esta mujer que ha guiado mi vida y me ha inculcado raíces y costumbres de nuestro querido pueblo. Hoy me apoyará desde otro lugar, pero estoy segura de que está conmigo. Ella nunca me falla y sé que estará expectante en este momento tan importante de mi vida. Ser pregonera de San Marcos es un gran honor y como tal lo vamos a disfrutar las dos juntas, como siempre lo hemos hecho todo. ¡Va por ti, madre!

¡Ea, que ya estamos aquí! ¡Que de nuevo nos reunimos en nuestra cita anual en la Explanada! Y yo estoy aquí para recibirlos, para daros la bienvenida, para que todos juntos gritemos al mundo que a Beas ha llegado la alegría, los reencuentros, la nostalgia y, sobre todo, para demostrar un año más nuestro amor y respeto al ganado bravo que recorrerá estas calles incansablemente.

Llegan nuestras fiestas de primavera. Cuatro días intensos que viviremos como si nos fuera la vida en ello. Cuatro días para disfrutar y todo un año para preparar; parece mucho, o increíble, pero así es. Hoy toca trabajar a esta directiva, como tantas otras lo han hecho antes. Para mí todas tienen mi admiración y respeto pues es un trabajo duro, el querer y no poder. Son muchas las adversidades con las que tienen que lidiar en su andadura... Desde aquí pido el apoyo para todas ellas. Seguro que en algo podemos echarles una mano.

Las juntas y peñas aportan “ganao” que engrandece nuestra fiesta. Los socios aportamos una parte material y un gran apoyo para luchar por ella. Cuantos más seamos, más fuerza tendremos. Hay que mostrar con orgullo nuestro carnet. Yo lo hago con mi número 161 y los anteriores dirán: “No es para tanto”, pero yo me siento orgullosa de ese número y, sobre todo, ¡me

siento sanmarquera! Quiero pedir un fuerte aplauso para que sientan nuestro calor. Las que hubo, la que hay, Juan Tomás y su equipo, que lucharán por nuestra fiesta los tres próximos años, y las que están por venir. Que sepan que aquí estamos los socios para trabajar junto a ellos. ¡Ese gran aplauso para ellos!

San Marcos es nuestra fiesta.

San Marcos es nuestra gente, nuestra historia.

San Marcos son nuestros toros y vacas.

San Marcos es esa imagen a la que queremos y veneramos. Llegado el día 25 celebramos una gran eucaristía de hermanamiento entre sanmarqueros, acompañamos la imagen por las calles de Beas. Una procesión un tanto peculiar, diferente, alegre. Mayores y niños caminando al son de la música, todos juntos por el recinto; las reses descansan en sus chiqueros mientras el pueblo rinde homenaje a nuestro San Marcos. El carro que porta la imagen y las dos vacas que, uncidas y engalanadas para la ocasión, pasean con orgullo por el recinto pregonando, año tras año, de donde viene nuestra tradición.

Cuanto significado tienen estas palabras. San Marcos, toros, vacas, la gente, nuestra historia, la fiesta... podrían resumir perfectamente todo lo que en Beas ocurre en estos días.

No recuerdo cuando empezó mi sentir sanmarquero. Era tan pequeña. Me cuentan que me dejaban, junto a mi hermana, en las famosas tablas de andamio, en esos palcos improvisados para la ocasión desde donde no perdías detalle de lo que aquí ocurría en esos días. Ahí empezó mi andar en nuestra fiesta.

Mi padre, paseando su toro o vaca, según tocaba ese año. ¡Ya viene Benito y su toro! Con Lucerito arreglaba su campo todo el año y con él, llegados estos días, hacía el San Marcos. Me dicen que más de una apuesta hizo para subir su animal escaleras arriba de alguna casa y asomarlo por el balcón. Y casi siempre las ganaba. Era muy borricote mi padre.

Mi madre, como buena madre, nos vigilaba de cerca desde el callejón de enfrente, el Albaicín. ¡Nada nos podía pasar! ¡No nos quitaba ojo de encima! Pasados unos años, mi padre ya no estaba pero seguía ella pendiente de acoplarnos. Siempre por nuestra seguridad, claro. Por aquel entonces nos mandaba a "aquel lao" del río, donde en alguna ocasión recuerdo que se coló un toro, mi hermana y yo terminamos en las cámaras de no sé qué casa y allí se nos hizo de noche. Pero ella, sintiendo que allí estábamos seguras, volvía al callejón del Albaicín. Y yo me preguntaba qué pasaría allí para que fuera el punto de reunión de todas las vecinas de las calles de alrededor.

Llega mi momento y por fin lo entendí todo. ¡Qué trasiego de animales había allí! ¡Vaca p'arriba, vaca p'abajo! Un ir y venir entre carreras y risas. Muchos años disfrutaron juntas esas buenas sanmarqueras de su cita en el callejón. Todas aportaban su granito de arena para engrandecer la fiesta, cada una a su manera:... los aparejos, las tortas, los roscos fritos, las perolas llenas de

comida en la casa para todo el que llegara. A ellas, con todo preparado, solo les quedaba quitarse el mandil para citar al toro.

Yo, cada año, me escapaba un poquito más abajo y al llegar al Angosto... ahí, ahí fue donde me di cuenta que soy... sanmarquera. ¡Que lo llevo en los genes!... ¡Que lo llevo en las venas!... Sí, señores... SOY SANMARQUERA.

No había una puerta cerrada en toda la calle, entre otras cosas porque en la mayoría había una habitación destinada a cuadra para algún animal. Ni que decir tiene el susto cuando ibas a refugiarte en uno de esos portales y la vaca entraba detrás de ti; lo mismo te subías a una pila – casi siempre estaba detrás de la puerta–, que echabas a correr escaleras arriba pisando gente. Allí no cabía ya ni un alfiler, pero las apreturas son las apreturas y como dice un buen amigo mío: “Pa habernos matao”.... Y no se disfrutaba “ná” comentando estas hazañas. ¡Qué San Marcos aquellos! ¡Qué recuerdos más entrañables al escribir todo esto!

Pedro, te vuelvo a dar las gracias porque al preparar mi pregón he podido revivir todos esos momentos tan emotivos para mí.

Creo que he disfrutado a lo largo de mi vida de casi todas las experiencias más significativas de nuestra fiesta. Poder mirar a un toro a los ojos, cara a cara, corta la respiración. Eso sí que no os lo puedo explicar, amigos; eso es “sentimiento”; bueno, cara a cara tampoco, con una trampilla de por medio encima del camión. Era uno de los momentos más esperados por mí, me gustaba ver el arte de esos maestros al echar la sumuestra a los toros. Disfrutaba de ese momento. “No hables”, “No respire”, me decían. Y había que oír las palabrejas que soltaban ellos por la boca cuando el toro cabeceaba y se le salía la soga del cuerno... No voy a decir nombres porque no quiero olvidarme de ninguno, pero no puedo resistirme a decir un mote: “Los Conejos”. De la mano de estos hermanos he vivido esta experiencia. Grandísimos expertos en esa tarea. Por suerte, he tenido muy buenos amigos que no se olvidaban de mí en los trabajos previos de preparación de San Marcos. Gracias a ellos he tenido el placer de disfrutar la esencia del ganado bravo en estado puro. Cuando se escogían los toros, cuando se apartaban en los corrales para encajonarlos...

Permitidme una anécdota de uno de esos años. Lo recuerdo porque lo tengo grabado a fuego en mi memoria. Un año, al llegar ese día no estaba sola, había en mi casa una sobrina pequeña, no contaría más de cinco o seis años. Yo, para que ella disfrutara de la experiencia, ni corta ni perezosa, ¡hala!, me la llevé conmigo. Todo iba según lo previsto, el ganado separado cada uno en sus corrales y empieza la labor de encajonar a los toros en el camión para el traslado...Pero, ¡ay, amigos! ¡Ahí estaba ese toro! Poderoso, lleno de raza y que no se dejaba manejar por el hombre. Él era el amo, el dueño de allí. Estaba en su terreno y lo demostró sacando su rebeldía. Unas carreras, unas miradas y.... decidió colar su enorme morro, su papada, su cuello, en definitiva, media cabeza entre mis pies. ¡Dios mío! ¿Y ahora qué hago yo con esta chiquilla? La

tenía delante de mí, agarrada a la barandilla del corral. La deslicé tímidamente hacia arriba, sin apenas mover un solo músculo. ¡Qué tensión! Porque, cuidadito: ahí mandaba él y yo fui a molestarlo. Nunca supe si pasaron segundos o algún minuto, pero lo cierto es que con el paso de los años sólo recordar aquella imagen me pone la piel de gallina. Y la sensación del hierro frío en mis manos. Tal agarrón le di a la barandilla que casi me la tengo que traer para la casa.

Y ya estamos con el camión en la explanada donde, además de arte y bravura, se respira cariño y amistad. No dejan de verse abrazos; la alegría de encontrarse un año más; y si los palos de El Estudiante hablaran, seguro que lo resumirían todo con las mismas palabras: cariño y amistad. No sólo eran el refugio de todo aquel que llegaba con la carrera. No. Eran mucho más. Un punto de encuentro y cita obligada para saludos de familiares y amigos que, pasado un largo año, volvíamos a ese lugar para vernos de nuevo. Ya no tenemos esos bidones, pero sí una barrera en la que siempre encontramos un hueco para esperar que llegue ese momento del día 24, el desencajonamiento y el reencuentro. Yo, mientras el cuerpo aguante, seguiré recibéndolos en uno de ellos.

Y empezaron las juntas. Sí, un grupo de amigos se reunían en un portal, casa o cochera, un lugar donde “juntarnos” a comer y pasar un buen rato... el resto del día, a la calle, a correr los animales; unas veces delante y otras detrás. Confieso que yo era más de detrás, me gustaba agarrar la soga. Juntas apenas sin música; no se duraba mucho en ellas: comer, beber, comentar las hazañas ocurridas y a la calle otra vez a vivir San Marcos. No puedo pasar sin contar una anécdota de la mía. Una junta en la que creo recordar que nunca hubo música. La verdad es que no la necesitábamos; había juventud, amistad y muchas ganas de cachondeo. Esta falta de música, y que las sillas nos las dejaban nuestros amigos de la funeraria, daba pie a muchas bromas, entre ellas la de adjudicarnos un nombre: “El Duelo”, “El Velatorio”. Nada que ver con las que allí se montaban, puesto que estos amigos pasaban por allí para echar un buen rato de risas con nosotros. A nosotros ese nombre nunca nos gustó y, de hecho, todavía no tenemos nombre, pero que sepáis, eso sí, que al final del día mi junta, y todas las demás, disfrutábamos de la música y el baile en las verbenas populares de San Marcos.

Siguen pasando los años y llegan “las peñas”. Grandes, grandísimos grupos de amigos y conocidos. Y digo grandísimos porque muchas peñas tienen que juntar una buena suma de dinero para poder alquilar esos locales. Soy responsable de lo que digo y, por supuesto, ni quiero ofender ni que nadie se sienta ofendido, pero en unos años tuve la sensación que San Marcos había perdido un poco su esencia; no sabría cómo explicarlo, aunque sé que muchos de vosotros me entendéis. Más y más gente que atraída por nuestra fiesta llena el pueblo de Beas, quizás algunos de ellos –por suerte una minoría– más atraídos por la “fiesta” que por el toro. Y no puedo callar porque me indignan

los comentarios que sobre esto retumban en mis oídos. Y no consiento, no quiero que sea esa la imagen que tienen fuera de aquí de ¡Mi Beas! y de ¡Mi San Marcos!

Y durante estos años también “llegan las leyes”. Otro bajón y otro gran palo para nuestra gente sanmarquera. Esto costó mucho asimilarlo y se notaba en el sentir del pueblo. El “ganao” bravo que año tras año cuidaban nuestros paisanos en sus campos, ahí debía quedar. Y era difícil aceptar que después de un largo año de duro trabajo como los animales, estos no iban a lucirse corriendo por las calles de Beas, pues de lo contrario no podrían volver a su lugar de crianza. Pero los tiempos cambian y hay que subirse al carro, sin dudar. La vida pasa y no se debe perder en lamentaciones. Por suerte, y desde mi punto de vista, sólo fueron unos años de atasco. Volvemos a resurgir, a salir de ese bache, y estamos otra vez en marcha con las mismas ganas e ilusión de siempre; creo que soltamos toda esa rabia que teníamos dentro y de nuevo disfrutamos en nuestra explanada para deleite de todos cuando llega la tarde del 24 de abril.

A lo largo de la historia de San Marcos ha habido generaciones de buenos, buenísimos sanmarqueros. Muchos de ellos ya no están entre nosotros. A todos los llevamos en nuestro corazón y siempre en la memoria. Los que aquí siguen bien están haciendo su labor. Ellos aconsejan, guían y enseñan a los que vienen detrás. Pero hoy sois vosotros. Sí, los que estáis ahí. Sois, sin duda alguna, una de las mejores generaciones. Temple, valor... todos los adjetivos que os diga son pocos. Vosotros, los de Beas, y esos jóvenes que viene de todos los rincones de España y que atraídos por nuestra fiesta vuelven año tras año. Os recorréis pueblos y plazas demostrando vuestro valor llegando, incluso, a ganar premios y reconocimientos por tal valentía.

No hay más que ver cuando el día 24, llegada la hora de desencajonamiento, vais llegando a la explanada. Las gradas y barreras estallan en gritos y aplausos cuando os metéis en faena.

¡Qué recorte, señores!

¡Qué compañerismo!

¡Qué gusto de ver cómo, quiebro tras quiebro, os quitáis el peligro unos a otros!

¡Espectacular!

No cabe duda: en Beas no falta gente con coraje para ponerse delante de un animal bravo. Por todo esto, sólo me queda decir que sois ¡Valientes!. ¡Sí señor, sois una generación de grandes valientes! Pero ¡jojo! No os durmáis que os vienen pisando los talones. Se están preparando muy bien para seguir vuestros pasos; pero también sé que estaréis ahí vosotros para guiarlos en el buen hacer sanmarquero. La muestra la tenemos el día 23, San Marcos Chico. Otro de mis momentos favoritos, no lo voy a negar. Es entrañable ver a esos niños y niñas, acompañados de sus padres, tíos, abuelos... a pie de camión con la sogá bien “apretá” entre sus manos. Un paso adelante, dos atrás. ¿Será

miedo? ¡No! Son nervios, ilusión, ganas de que se abra esa puerta para ver el animal. Luego, la carrera; pero no van solos. A la par de ellos van sus mayores dando las órdenes y consejos oportunos para el buen llevar de las reses en su recorrido por el recinto. Es una tarde de aprendizaje, es una muestra de la tradición y la cultura del pueblo de Beas. Es, en definitiva, la prueba de que San Marcos es nuestra historia, con arraigo, con solera, y que, como si de una herencia se tratara, pasa de padres a hijos. Y así, sí. Así no cabe duda de que nuestra fiesta perdurará para siempre. Estos niños y niñas de hoy en pocos años serán una nueva generación de grandísimos sanmarqueros.

Y hoy no me gustaría irme de aquí solo diciendo buenas noches.

¿No empieza hoy nuestra fiesta? ¿No queremos oír ya nuestra música? Sí, esa música que nos aviva el alma, que nos recuerda lo que aquí pasará estos días. No quiero bajar de aquí andando, quiero irme ya con el ritmo “metío” en el cuerpo y me gustaría que ya que estamos aquí, lo hiciéramos juntos. ¡¡¡Música!!!

¡! SANMARQUEROS!!
¡! SANMARQUERAS!!
ATARSE BIEN LAS ZAPATILLAS.
VALOR Y AL TORO.

VIVA SAN MARCOS

VIVA BEAS DE SEGURA

.....